

Cuando los jóvenes sufren violencia

El hijo de un hogar violento

Ser víctima de violencia no es de ningún modo patrimonio exclusivo de las mujeres.

Un hijo varón nacido en un hogar violento está, desde el mismo momento de conocerse su sexo, signado por la exigencia de lo que se impone a un hombre que sea. En cuanto a las emociones, al aguante, al concepto de "ser macho".

El joven, en un hogar violento, es muchas veces excluido, ignorado, y crece confundido por permanentes mensajes contradictorios.

Escribir una historia desde lo que sienten y sufren los muchachos surgió como una inquietud de ellos mismos, y me fue transmitida por mi dispuesta y luchadora amiga, la psicóloga Marga Sisini, quien desde la primera historietita que hice fue una gran impulsora de la idea.

El desafío estaba planteado y quiso el destino que me cruzara con un joven que había sufrido violencia en su hogar y que se entusiasmó con el proyecto.

Pasamos largas y sinceras tardes en un bar, recordando vivencias que lo habían ido marcando e impactando por el dolor y la sinrazón de los acontecimientos. Nos reíamos cuando hablábamos de chicas, y nos poníamos tristes

cuando revivía los momentos de violencia, especialmente de su padre hacia su madre.

En el período en que transcurrían nuestras charlas, vivimos un hecho digno de destacar y fue que, a pesar de haberme manifestado que no tenía ánimo para rendir una materia que debía, no sólo se presentó sino que la aprobó con éxito.

Mi locuaz colaborador hablaba a un ritmo difícil de seguir y con tal abundancia que, cuando debí elegir las situaciones con las cuales tramar mi guión, sentí que él había sido mucho más generoso en su entrega de lo que yo podía testimoniar.

"Yo, el invencible" trata de sintetizar todo ese atropello de que los chicos son objeto, y muestra que no necesariamente de un padre violento sale un hijo violento. Tiene, como cada capítulo, su corolario de testimonios.

El día de nuestra despedida, y pese a la violencia que su padre había demostrado, con pena en los ojos me confesó: "Extraño no tener padre". Y con un fraternal saludo sellamos la triste realidad de que no basta con alejarse de la violencia: se necesita mucha fuerza y mucha ayuda para superar el enorme vacío que queda en la vida.



El joven, en un hogar violento, es muchas veces excluido, ignorado...



162

163



LOS JOVENES SIENTEN QUE NO SON VALORADOS EN SUS ÁMBITOS LABORALES Y, LAS PRESIONES ADULTAS AÑADEN UN FUTURO INCIERTO.



EL ALCOHOL INHIBE LA CONCIENCIA, PRESENTÁNDOSE A VECES LA PARADOJA DE QUE EL QUE MÁS TOMA, MÁS SE EMPEDINA EN MANEJAR.



Carta de un joven

Yo sé que mi papá sufrió mucho de chico, eran varios hermanos, mi abuela tenía quince años y mi abuelo veinticinco cuando se casaron. Tuvieron cinco hijos.

Lo que yo sé es que mi abuela los abandonó. Mi papá me dijo: "Nunca superé que mi mamá se haya ido". Hay muchas cosas que por lo general no se cuentan en una familia, y uno se da cuenta por deducción.

El abuelo se iba a navegar por varios meses, y los dejaba sin plata, pupilos en los colegios, mi papá me tiraba siempre de la patilla, y me decía: "Así me tiraba el cura".

A mis tías, los maridos las fajaban. Una vez, a una el marido casi la mata: le metía la cabeza en un balde de agua, y por poco la ahogó.

Mi viejo siempre tuvo armas, él defendió a una hermana a la que el marido golpeó, y cuando ella volvió con él, le dijo: "Yo no te defiendo nunca más, no me vengas a pedir ayuda". Mi mamá estaba sorprendida de que él ayudara a su hermana.

Otra hermana fue a pedir ayuda a mi papá y a mi abuelo, porque el marido la había golpeado. Llegó en bicicleta, y entre los dos la subieron de vuelta en la misma bicicleta, y le dijeron que volviera con su marido.

Mi papá me hacía correr, subir y bajar las escaleras, hacer salto de rana, como en la colimba. A veces yo le decía: "Papá, me tiemblan las piernas", y él me decía "Sos un maricón, cuando vayas a la guerra me lo vas a agradecer". Y yo ahora pienso: "Si Argentina es un país neutral, nunca vamos a ir a la guerra". Quería ser espía, y mi papá me decía que me iban a agarrar y fusilar. Él quería que yo fuera

militar, hacían planes con mi abuelo, hablaban entre ellos, a mí no me consultaban, pero de grande me avivé. No me gustaba que me obligaran, yo quería ser espía.

Cuando juego a los videos "me pongo de la nuca", me paso de revoluciones, sobre todo con los de guerra, el que más me gusta es "Comandar y conquistar". Los jueguitos no se separan mucho de la realidad, uno quiere sacar lo que tiene el otro, y así ha de ser la guerra. Me pongo loco y no puedo

parar, mi primo me dice que los mato con sadismo, pero después se apaga la compu y ya está, no mato personas. Una vez, un chico que me estaba mirando me dijo: "Si te dedicás a militar te va a ir muy bien".

Conocí a un pibe que casi no comía por jugar al video, se rateaba y el papá se lo llevó de una oreja al colegio.

A veces me cansa la vista. Fui al oculista y me dijo que tengo algo de astigmatismo. Y cuando le dije a mi papá que necesitaba anteojos me dijo: "Todos tenemos algo de astigmatismo, ése lo que quiere es guita...".

El abuelo era increíble, se compraba chocolates, y todos lo mirábamos, sólo convidaba a la nieta que tenía todos los dientes cariados. Ponía la comida en un armario al lado del jabón en polvo para que nadie le saque la comida. Ha de tener mucha guita, porque cada vez que un Banco no pagaba, él perdía plata en ese Banco.

Es una familia rara, por eso me sorprende cuando yo me humanizo, y no quiero pelear.

Con esa forma de vivir, no me importaba a los cinco años ir a la guerra y que me fusilaran, ¿no hubiera estado bien? Creo que me equivoqué.

Es una familia rara, por eso me sorprende cuando yo me humanizo, y no quiero pelear

Hoy quiero tener una familia, dos hijos y un perro, ahora podría ir a Tareas Especiales, pero opté por la ingeniería. Son varias cosas que me gustan, el título habla por sí mismo, el profesor me gustó por la forma en que me lo explicó: "se puede planificar y mejorar la calidad del trabajo".

Soy de huir de los compromisos, el matrimonio es una responsabilidad. Primero hay que "darse cuenta" de la gravedad de las cosas, porque si a los problemas se los ve como algo mínimo, no se va a

querer cambiar. Uno puede pensar "no es para tanto, a mí no me parece". Así me dice mi papá cuando le digo lo que él nos hacía. Y parece que uno nunca tiene razón.

Ahora me da pena la nueva mujer de mi papá, no sé cómo decirle que se cuide... Eso me preocupa. ¡Si yo pudiera impedir que otros sufrieran lo que pasé yo...!

Nota: se preserva el nombre del joven



Frases significativas comentadas por jóvenes que sufren violencia

- ☞ "A mamá no la entiendo, después de todo lo que le hizo papá, se lo lleva a la cama los fines de semana".
- ☞ "“Mi papá, cuando se enojaba, me decía: ‘Maldito sea el día que naciste’”.
- ☞ "Niña de cinco años: ‘Mamá, no vamos a aflojar’".
- ☞ "Para mi novio, todo lo que me ponía era de puta; entonces dejé de hacerme ropa, que era lo que me encantaba".
- ☞ "Mamá: A vos te cambiaron el cerebro, ¿por qué no lo dejás? ¿No te das cuenta de cómo te trata?".
- ☞ "Mamá, tengo miedo de que te mate".
- ☞ "Mamá, ¿no te acordás de que te pateó la cola delante de mí?".
- ☞ "Mamá, no sos puta, venís del trabajo".
- ☞ "Mi familia no es normal y yo me refugio en la lectura".

Lo que los jóvenes reclaman a sus padres

- ☞ **Que los amen como son**, sin juzgarlos ni criticarlos.
- ☞ **Que no haya violencia** en sus hogares.
- ☞ **Que, si uno de sus progenitores es violento con ellos**, el otro salga a defenderlos.
- ☞ **Que no se los utilice de escudo** en las disputas entre ellos.
- ☞ **Que no hagan discriminación entre los hijos** por sexo, edad, aptitudes personales u otro motivo.
- ☞ **Que, si tienen que decir algo acerca de ellos**, se los digan directamente, y no a través de otra persona.
- ☞ **Que les dediquen tiempo**, porque serán momentos imborrables en la vida de ambos.
- ☞ **Que les tengan confianza**, porque ellos no los van a desilusionar.

➔ Testimonio

De un joven

Si sabés cuál es: el dolor de los golpes, el dolor de que te griten, el dolor de la humillación, el dolor del maltrato, sabés lo que se sufre y lo que duele, y lo mal que se siente.

Porque tratás de evitárselo a los demás, porque a vos no te gustó cuando te tocó estar del otro lado.

Porque no te gustaba cuando estabas en tu casa tranquilo y "él" llegaba... Deseabas que no viniera y ite ponías triste!

Porque no te gustaba que los fines de semana tuvieras que buscar cualquier excusa para irte, para no estar en medio del infierno.

Porque por "nada" él se transformaba en un ser insoportable y molesto, que a veces daba miedo.

Sabés cuáles son el dolor y la impotencia, el sufrimiento de ver a tu mamá y hermanos llorar por culpa de él.

Porque esa vida no te gustaba, deberías preguntarte:

"¿Quiero que sufran como yo sufrí?"

¿Quiero que vivan como yo viví?"

¿Quiero ser como él, y que ellos sientan por mí lo que yo sentí por él?"

Nota editorial: se preserva el nombre del joven.



Sabés cuáles son el dolor y la impotencia, el sufrimiento de ver a tu mamá y hermanos llorar por culpa de él...

Llegó Casi invisible...

Era una noche lluviosa, desapacible. Habíamos comenzado la reunión semanal con las jóvenes cuando, como pidiendo permiso, llegó él; el agua se deslizaba por sus cabellos y humedecía su rostro.

—¿Puedo pasar? —dijo, sorprendiendo al grupo de chicas ensimismadas en sus propios problemas, que consideran privativos de mujeres.

—¡Oh! Ismael —le respondí sorprendida—, te esperaba en otro momento.

—¿Puedo pasar? —insistió él con recatada prudencia.

—Si ellas te aceptan... —le respondí.

—Sí... dijeron de manera alternada como dándose permiso mutuamente, y entre sonrisitas pícaras le dieron la bienvenida al inesperado varón.

Creo que su aspecto atractivo y su estilo prudente contribuyeron a la invitación y una vez pasada la sorpresa inicial el clima volvió a la habitualidad de estos encuentros; casi nos olvidamos del visitante. Repentinamente, Ismael interrumpió el diálogo femenino con manifiesto deseo de compartir la reunión, y con inusitada sinceridad manifestó:

—Yo también sufrí violencia en mi familia; mi papá es una muy mala persona, él nos hizo sufrir mucho a Marisa (su mamá), a mi hermano y a mí.

A medida que recordaba su historia, el rostro se le tornaba dolorosamente expresivo. Las chicas giraron la cabeza para verlo con mayor precisión, muy interesadas en su relato, y a medida que contaba las humillaciones y padecimientos sufridos, se sentían más identificadas con él. Comenzaban a comprender que tenían cerca de un hombre que, lejos de intimidarlas, compartía con ellas una historia común.

El clima propicio que se había generado me dispuso a sugerir a Ismael que leyera un texto que él había

escrito. Con sonrosada timidez así lo hizo y todas escuchamos con suma atención lo siguiente:

Si sabés cuál es:

El dolor de los golpes,

El dolor de cuando te gritan,

El dolor de la humillación,

El dolor del maltrato,

Sabés lo que se sufre y lo que duele, y lo mal que nos hace sentir.

Entonces tratás de evitárselo a los demás, porque a vos te hizo daño cuando te tocó estar del otro lado.

Porque no te gustaba cuando estabas en tu casa tranquilo y “él” llegaba... Deseabas que no viniera y te ponías triste. Porque no te gustaba que los fines de

semana buscaras cualquier excusa para irte, y no estar en medio del infierno. Porque por nada se transformaba en un ser insoportable y molesto, que a veces daba miedo. Sabés cuáles son el dolor y la impotencia, el sufrimiento de ver a tu mamá y hermanos llorar por culpa de él.

Porque esa vida no te gustaba, deberías preguntarte: ¿Quiero que sufran como yo sufrí? ¿Quiero que

vivan como yo viví? ¿Quiero ser como él, y que ellos sientan por mí lo que yo sentí por él?

A medida que Ismael avanzaba en la lectura, la emotividad iba en aumento y tanto él como nosotras tratábamos de esconder nuestras lágrimas.

¡Cómo no llorar y desnudar públicamente nuestros dolores archivados! Todo era tan real, nos sentíamos tan hermanados que la emoción quebró nuestras resistencias.

Este acercamiento lo animó a contarnos una historia que empieza así:

A medida que recordaba su historia, el rostro se le tornaba dolorosamente expresivo

—Estaba sentado a la mesa de un bar en la vereda, conversando con mi papá —les quiero aclarar que no es nada fácil hablar con él, pero bueno, estábamos juntos— cuando se acercó un niño a pedir plata para comer. Mi viejo con tono amenazador le preguntó: “¿No sabés que no se le pide plata a un poli?”. El chico se puso pálido y no sabía si salir disparando o entregarse resignado a su destino. Mi padre comenzó su habitual interrogatorio: “¿Dónde está tu mamá? ¿Dónde vivís? ¿Vas a la escuela?”. El chico, cada vez más asustado, daba apresuradas respuestas y, cuando pensó que todo estaba perdido, mi papá metió su mano en el bolsillo y sacó un billete de dos pesos y se lo entregó diciéndole: “Andá, comprate algo que te guste”. Yo no podía creer lo que estaba viendo: mi padre, el cruel, por culpa de quien una trágica noche nos tuvimos que ir corriendo de casa mi madre, mi hermano y yo, para que no nos matara, estaba ahí, entregando

dinero a un niño, cuando lo creía incapaz de moverse ante nada.

Al volver a casa y contar lo sucedido, recibí reproches como única respuesta, por dejarme convencer por una persona que tanto nos había lastimado y aún continuaba haciéndolo. Pero en verdad, me gustó ver a mi viejo generoso con un niño desamparado; no porque haya olvidado lo que nos hizo, sino porque me identifiqué con él. Porque ese niño soy yo...

Quiero que mi padre, pese a su violencia, pueda moverse y desde ese lugar voy a ayudarlo para que pueda ser mejor persona.

Cuando Ismael terminó de contarnos su conmovedora historia sentimos que esa noche habíamos aprendido —gracias a él— a acercarnos un poco más entre hombres y mujeres, a no temernos entre personas de buena voluntad sino a unirnos para trabajar por la paz.

María Cristina Bertelli

La alegría de vivir

La historia comenzó cuando lo conocí, hace siete años atrás, en el sur de España, en Fuengirola.

Cuando él llegó a su casa estábamos reunidas con su mamá, sus hermanas —con las que hacía años que no nos veíamos—, algunas mujeres españolas y una amiga argentina. La emoción y la timidez del reencuentro se quebraron con su intempestiva llegada.

Era una de esas personas que no pasan inadvertidas, y como para iniciar la conversación le pregunté a qué se dedicaba. Me miró con cierta picardía y, poniendo rostro de investigador científico, me respondió:

—Estoy en un año sabático.

Esto provocó la hilaridad de todos los presentes y la desesperación de su madre, que traducía mentalmente “un año largo de dulce far niente”.

Se incorporó a la reunión con absoluta desenvoltura.

Era el único varón entre mujeres que duplicaban su edad. Encontró el ambiente propicio para contar anécdotas y estábamos distendidas sentadas a la mesa del té.

Recuerdo una historia con particular simpatía. Nos contó que, gracias a haberse incorporado al ejército español, había podido reunir ahorros suficientes para comprarse un modesto auto usado, que para él era como una Ferrari, aunque lo único que ambos coches tenían en común era el color rojo. Por supuesto había sido tal el entusiasmo por adquirirlo, que no calculó si tendría dinero para mantenerlo. Por ello, cuando tuvo el auto en su poder, al darse cuenta de que no le alcanzaba la plata para la nafta, lo dejaba estacionado en la calle, invitaba a sus amigos y a las chicas a compartirlo y con la música a todo volumen iniciaban

sus paseos en el auto detenido. Siempre el mismo paisaje, que la imaginación renovaba. Nos reíamos con ganas de sus ocurrencias; era vital y fue el primero que se anotó cuando propusimos salir a cenar a un balneario cercano.

La vida de Miguel no había sido tan fácil, como la que aparentaba vivir. Su padre los había abandonado a él y a sus hermanas. Su madre había buscado refugio en la religión, cuidaba enfermos y gracias a gente de corazón bondadoso sobrevivían con dignidad. Su abuelo materno, casi un desconocido para su propia madre, había fallecido a la temprana edad de Cristo de una afección cardíaca.

Cuando él se incorporó a las milicias, al poco tiempo le descubrieron una dolencia al corazón, que hoy le permitía un forzado descanso.

Pasaron pocos años desde aquel encuentro, cuando un día tuve su participación de casamiento. Me alegró que el simpático dicharachero hubiera encontrado el amor.

Esporádicamente llegaban noticias de él; había tenido un robusto varón y después llegó la nena a alegrar la familia, que Miguel en secreto siempre había añorado. Su otra pasión era pilotear aviones, y así —después de recuperarse de las dolencias cardíacas— se reincorporó al ejército como piloto militar. Con cierto reparo, su madre terminó aceptando su temeraria vocación porque el entusiasmo era irresistible.

Un día como tantos llegó a su Regimiento para sus tareas ordinarias, cuando de inmediato le notificaron que debía presentarse con urgencia a la autoridad superior. Volvió a sentir vulnerable su corazón, pero tenía que demostrar en ese ámbito de superhéroes que él era uno de ellos. Su jefe inmediato, con cara desencajada y aire marcial, le comunicó que el Comandante General había dispuesto su partida de inmediato en una misión de alto riesgo.

No dudó ni un instante en acatar órdenes y prestó atención a las consignas a cumplir. Su misión era pilotear un avión cazabombardero y lanzar una bomba

para destruir una central telefónica con el fin de inco- municar a varias aldeas.

Los preparativos fueron tensos. Esta misión le produ- jo sentimientos contradictorios. Por una parte era un halago el haber sido elegido para una tarea de tanta responsabilidad y, por otra parte, descargar una bomba incendiaria cuyo alcance era incierto le produ- cía grandes conflictos morales.

En fin, un soldado tiene sentido del deber y no puede amedrentarse ante los sentimientos; y así comenza- ron los febriles preparativos para su arriesgada misión.

Estaba en el avión con su carga explosiva como única compañía, sintiéndose podero- so pues de él dependía un triunfo para su país. Seguramente al regresar sería condecorado por tan arriesga- da acción militar.

Pensó en sus hijos, en su mujer, en su madre, que estarían orgullosas de él cuando recibiera la condecoración. Podría retribuirles con algo de gloria por tanto amor.

Comenzó su misión: a pleno día y en vuelo rasante hacia la central telefónica se dio cuenta de lo cerca que estaba de un apacible pueblo rural.

La pobreza de la gente lo impresionó; los chicos esta- ban descalzos con sus túnicas raídas. Las mujeres con sus espaldas quebradas en las tareas del campo. Vio a los niños jugar al fútbol sin botines, la alegría de sus rostros lo atravesó como un puñal. Los miraba hipnotizado, cuando de repente confundió a uno de ellos con su propio hijo. Sí, vio a su hijo jugar al fút- bol entre los niños de esas remotas tierras, gritando alborozados un gol... En ese momento cruzó rauda- mente el objetivo a destruir. Y pensó: "No puedo matar a mis hijos...".

Los medios de comunicación se ocuparon de inme- diato del terrible accidente aéreo. Las causas de la caída, aún se ignoran.

La vida de Miguel no había sido tan fácil como la que aparentaba vivir

María Cristina Bertelli